

La Campaña

IIª Época. Dossier nº 15 // 05.04.1999
Apartado 97. (36080) Pontevedra

semanario de información y pensamiento anarquista

Edita Escuela Errico Malatesta. Sindicato Único de Trabajadores "Solidaridad Obrera". Pontevedra

VOCES INSUMISAS - IV -

ESTADOS QUE NACEN,
PUEBLOS QUE MUEREN.
YUGOSLAVIA, 1999

IIª Época - 5º Semestre
Abril de 1999



NEGRO DA LA MANO AL BLANCO. BLANCO DA LA MANO AL NEGRO

Como empieza el poema:

Negro da la mano al blanco.

Blanco da la mano al negro.

Los dos mano a mano ... Contra el enemigo que lo es por igual de ambos. Contra el Estado y su nacionalismo que hace al negro Negro y súbdito ... Contra el Estado y su nacionalismo que hace al blanco Blanco y sometido ... Contra ellos que nos quieren matar y reclutar para sus ejércitos, ... que nos quieren para alimentar sus aviones mortíferos y abonar con nuestras creencias la inevitable crueldad de su existencia.

ESTE ES EL SENTIDO DE ESTE MANIFIESTO, DE ESTE RENIEGO que hemos elaborado, con mayor o menor acierto, en **La Campana**.

En él intentamos hacer ver que todos esos Milosevic, Solana, Tudjman, Clinton, Suleime, Aznar "son los mismos perros pero con distintos collares" y con ellos aquellos que quieren determinarnos -hacernos serbios, hacernos negros, hacernos albaneses, hacernos blancos, ibéricos y soldados- y en nuestro nombre, sea como sumisión, sea como voto de autodeterminación, levantar fronteras, murallas, ejércitos, bombas y presidios.

ESTE ES EL SENTIDO DE ESTA CRÓNICA AL REVÉS. Para que serbios y albaneses planten su trigo en las fronteras y nosotros con ellos. Para que serbios y albaneses acaben con sus Estados y nosotros con ellos. Para que serbios y albaneses, y nosotros con ellos, acabemos con el Orden mundial y destruyamos su industria armamentística, entre la que se encuentran los medios de comunicación, bombarderos, OTAN y demás gendarmería.

ESTE ES EL SENTIDO DE ESTA VOZ INSUMISA, para seguir el rastro inevitablemente siniestro de los nuevos estados emergentes, creados por el Nuevo Orden mundial sobre las cenizas del viejo sueño revolucionario y libertario, sobre los momentos bajos de la rebeldía fraterna y mundial.

Hoy apenas confiamos en que transformar la sociedad en el sentido de la justicia y la libertad sea posible y, por ello, andamos como ciegos doloridos en medio de esta violencia global que es el régimen del dinero y nos parece que no entendemos nada de lo que está pasando. ¿Qué ocurre en Kosovo? ... ¡Nada nuevo! dice esta **Campana**, sólo el Poder y el Capital que están siendo y, como no pueden dejar de hacer, levantan alambradas y muertos para que al negro, ya Negro y al blanco, ya Blanco, no se les ocurra nunca ir mano a mano contra todo ello.

La Campana

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Editado por la Escuela ERRICO MALATESTA, fundada en el seno del Sindicato Único de Trabajadores "SOLIDARIDAD OBRERA" de Pontevedra.

Este es el Dossier núm. 15 de su Segunda Época y se imprime el 5 de Abril de 1999. [D.L. PO-433-95]

Redacción: C/ Pasantería, 1-3ª planta. (36002) Pontevedra
Teléfono: 986-86.31.44. Fax: 986-89.63.64

Correspondencia: Apartado 97. (36080) PONTEVEDRA.

P.V.P.: 200 ptas.

En este Dossier:

El sentido de esta *Voz Insumisa*. **Pág. 2**

A modo de justificación. **Pág. 3**

ESTADOS QUE NACEN, PUEBLOS QUE MUEREN:

La población y las Repúblicas. ... **Págs. 4 y 5**

Nacionalismo naciente **Pág. 6**

La actual catástrofe. **Pág. 7**

Contra la mitología. **Pág. 8**

Identidad yugoslava. **Pág. 9**

Independencias y guerra mundial **Pág. 10**

Declaración de Corfú. **Pág. 11**

Segunda Yugoslavia. .. **Pág. 12**

Lecciones aragonesas. **Pág. 13**

Crispación lingüística. **Pág. 14**

Kosovo y la Constitución de 1974. **Pág. 15**

Acoso y Derribo de Yugoslavia. **Págs. 16 y 17**

EDITORIALES:

Kosovo...

- Sigue la Paz. **Pág. 18**

- Fosa común

de Occidente. ... **Pág. 19**



¡Dejad crecer el trigo en las fronteras!. **Pág. 20**

ESTADOS QUE NACEN, PUEBLOS QUE MUEREN

A MODO DE JUSTIFICACIÓN

Los dos editoriales de **La Campana** que cierran este número Extraordinario fueron escritos con el afán de responder a la situación concreta que en aquellos meses (marzo y octubre del año pasado) se padecía en Kosovo, pero abordando los acontecimientos desde una perspectiva absolutamente diferente -antagonista- a aquella otra con que el aparato propagandístico de los grandes medios de comunicación *occidentales* nos bombardea a diario.

Ahora, en esta *Voz Insumisa* IV (Dossier 15) de **La Campana** se trata de entender mínimamente como pudieron los pueblos y personas de aquella zona llegar a la actual situación o, más sencillamente, desvelar las fuerzas e ideas que los arrastran hacia la barbarie con el semejante, con el vecino, con el otro de al lado. Intentaremos levantar la máscara, descubrir la forma concreta en que esas fuerzas enemigas de la libertad y la vida aparecen hoy sobre la península balcánica. Para todo ello y también para que nos sirva de arma contra el militarismo y la barbarie carnicera de unos y otros -estos *unos y otros* son siempre el mismo, lo que cambia es su disfraz y encarnadura- es para lo que elaboramos este reniego.

No se trata, por tanto, de hacer psicología sobre la acción, el fingimiento social y la culpa, sino de sociología y el ahondar en la fundamentación del rechazo anarquista al actual descalabro social (mundial y global), del que la tragedia yugoslava es un episodio.

A nuestro pesar, no podemos siquiera intentar una antropología del desprecio y la percepción del otro-unomismo, y, mucho menos aún, desvelar la relación entre la acción e institución de la Guerra con los mitos de los Gemelos o de los Hermanos-fratricidas, tan presentes en el recuerdo -canciones y relatos- de todos los pueblos y gentes que no han devenido todavía en masa. Reconocemos que estas cuestiones -sobre las que carecemos de preparación suficiente- juegan un papel crucial en la catástrofe que vivimos y que su estudio proporcionaría también fecunda luz sobre lo que está sucediendo en la ex-Yugoslavia y en todas partes y como frenarlo, pero no es esta la vía que ahora podemos exigirnos, ya que *no podemos esperar* a entender para lanzarnos a la lucha y denunciar lo que está ocurriendo, pues la herida es espantosa, la gente muere despedazada por las bombas y los gobiernos también nuestros. Lo decisivo es que sólo iremos comprendiendo lo que allí y aquí está pasando a medida que alcemos el grito solidario y libertario contra los inmediatos y mediatos responsables que se vayan poniendo por delante.

Es más, sabemos que toda acción revolucionaria o que se pretenda subversiva respecto del régimen social y económico que nos ha tocado padecer, tiene que ir ofreciendo respuestas y enfoques a esas preguntas. En el caso concreto que nos ocupa, la

Ex-Yugoslavia, no podemos ignorar que si aquél es un conflicto concreto es también la Guerra y la batalla nuestra de cada día; que si son *etnias y folclores* serbios o albaneses en juego es también la Clasificación y el ajedrez de singularidades-identidades nuestros respecto del otro; que si son los dineros de Alemania o Turquía tratando de reproducirse sobre Eslovenia o Croacia, es también y antes que nada el Capital y las cuentecitas de metal, papel o plástico con que vamos a la tienda y, para no seguir con los ejemplos, si aquello es el orden mundial habido tras la guerra fría también es el Orden-Poder y las jerarquías que cada día se nos imponen en el trabajo, en la "planificación urbana" o ante el televisor.

Claro está que para analizar todo esto no dispone el anarquismo ni **La Campana** de una Filosofía o Teoría de la Historia ni una Doctrina de la Verdad, al modo que otros movimientos sociales y sus publicaciones-portavoces afirman poseer. Y así debe ser, porque el anarquismo como tal no es, ni quiere ser, doctrina o dogma hecho, ni sistema filosófico cerrado, ni Verdad mayúscula, aunque cada uno de nosotros tenga su particular visión del mundo y, por ello, reinterprete a su modo la historia o historias de la humanidad.

Sin embargo, sí que desde el anarquismo -por su actitud frente a toda opresión y poder, por su coherencia solidaria con todo aquél que padezca la injusticia, por su empeñamiento subversivo respecto del orden jerárquico y estatal- se reconocen en cada sociedad y en cada acontecimiento, desde una peculiar perspectiva, causas y consecuencias, que preceden o siguen inexorablemente a determinados hechos o comportamientos. Así, por ejemplo, sabemos que a la opresión y la herida, seguirá de modo inevitable, la guerra y la hemorragia; al dinero, la destrucción y el envilecimiento social; al dogma, la hoguera; al estado-nación la uniformidad y la revuelta; a las clases, la lucha; a la proliferación de la carrera de armamentos y la industria de la muerte, la muerte misma y así sucesivamente.

Partiendo de esta actitud insumisa y solidaria, ahora con las gentes de las tierras ex-yugoslavas, animándoles a combatir a sus jefes y amos y dismantelar las instituciones de la desigualdad social, del odio y la desconsideración para con el vecino y semejante, al tiempo que a nosotros mismos nos animamos para hacer lo propio con las nuestras, trataremos en las próximas páginas de seguir el rastro al enemigo y descubrir los disfraces bajo los que encubre su nefasta existencia. Una vez más, es el NO a la industria militar y el facherío guerrero -justo y santificado, se dice ahora como siempre- en que cada día que pasa nos involucran un poco más. Una vez más, es el SI a la unión y solidaridad de las gentes todas contra quienes pretenden mutilarlos y definirlos desde los aparatos de estado, emergentes o asentados, y desde el Orden terrorista del dinero y el poder imperial.



ESTADOS QUE NACEN, PUEBLOS QUE MUEREN

La ex-Yugoslavia [*Yugoslavia* = País de los eslavos del sur] era un país que abarcaba una superficie de unos 250.000 km² (aproximadamente la mitad de España). Situada en la parte sudoriental de Europa, la mayoría del territorio pertenece a la llamada península Balcánica. Limitaba al noroeste con Italia y Austria, al norte con Hungría, al nordeste con Rumanía, al este con Bulgaria y al sur con Grecia y Albania. Las costas de la región sudoccidental, antemuradas por un cinturón de islas, están bañadas por el mediterráneo Mar Adriático.

La población

Entre esos límites, como en tantos otros lugares, vivía una población “multiétnica”, abrumadoramente de origen eslavo (90%) pero que a su vez se adscribía administrativa y políticamente [por supuesto, en muchos casos, también social, cultural y afectivamente] a distintas nacionalidades y pueblos, en las que desde un punto de vista demográfico dominaban dos: los eslavos-serbios (aprox. 36% del total), a los que seguían, a gran distancia, los eslavos-croatas (aprox. 20% del total).

El censo de 1981 (correspondiente al año de la muerte de Tito) daba una cifra de 22,5 millones de habitantes que vivían en la Federación Yugoslava y millón y medio de emigrantes repartidos por Europa y América.

Dado que la Constitución reconocía una estructura multicultural repartida entre 6 Repúblicas [Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia y dos provincias autónomas: Kosovo y Voivodina, ambas en la República Serbia], aquél censo repartía los veintidós millones de habitantes de este modo: 8 millones de *serbios*, 4,5 millones de *croatas*, entre 1 y 2 millones de *yugoslavos* (1,2) [se entendía por yugoeslavo

aquella persona que declaraba expresamente no adscribirse a ningún grupo *nacional* ni *pueblo* reconocido], *macedonios* (1,3), *albaneses* (1,7), *eslovenos* (1,7) y *musulmanes* (2), y con menos de un millón los *montenegrinos* (0,6), a los que seguían las minorías nacionales *húngara*, *gitana*, *turca*, *judía*, etc.

Repúblicas y territorios

Los habitantes de los diversos pueblos no vivían exclusivamente en sus Repúblicas nacionales, ni siquiera aquellos en los que el nombre del *pueblo* coincidía con el de la República. Tampoco el territorio actual de las Repúblicas coincidía con el que las “naciones” históricas habían ocupado en tiempos pasados, más o menos cercanos. No podía ser de otro modo, ya que a lo largo de los últimos cientos de años las *fronteras* y los despla-

zamientos de población, unas veces en un sentido y otras en otro, habían modificado mucho y con gran frecuencia los mapas históricos. Así, el territorio de la actual Serbia presenta diferencias notables, pongamos por ejemplo, respecto del ocupado por el reino medieval de Serbia o de la Serbia que en el siglo pasado alcanzó la independencia.

YUGOSLAVIA, 1945 - 1980

Desde el fin de la 2ª Guerra Mundial a la muerte de Tito

Tras la 2ª Guerra Mundial, desde 1945 a 1980, la organización federal del estado yugoslavo se mantuvo estructurada en las seis Repúblicas citadas y las 2 provincias Autónomas.

Las competencias de cada una de las Repúblicas y regiones autónomas, así como las que correspondían a la Asamblea Federal y las entidades locales (comunidades y entidades con principios autogestionarios) fueron definiéndose en las sucesivas Constituciones yugoslavas [1946, 1953, 1963 y 1974] y en las Cartas Magnas de cada una de las Repúblicas.

Solo Eslovenia, la república más norteña, fronteriza con Austria e Italia, tenía una población relativamente homogénea (eslovenos), una vez expulsados del país, tras la segunda guerra mundial, más de medio millón de alemanes. En las demás Repúblicas podía haber una *etnia* dominante, pero, en el mismo tiempo y lugar, también *minorías* muy importantes, que podían ser mayoritarias en determinadas zonas. Así, por ejemplo, en Croacia eran mayoría los croatas, pero había un elevado número de serbios, que en algunas regiones, como la Krajina, llegaban a representar hasta el 80% de la población. Lo mismo ocurría en Serbia, en la que los serbios eran la gran mayoría, pero que, por ejemplo, en la provincia de Kosovo eran minoría (un 13,2% de la población, unos 200.000) respecto de los albaneses, que representaban, en 1981, el 77,5% de la población (1.227.424).

En las demás Repúblicas la distribución *étnica* era todavía más compleja, particularmente en Bosnia o en Macedonia (de ahí viene el término, *macedonia* de frutas, para indicar un revoltijo de ...).

Esta estructura integradora de pueblos y naciones (vertebrada tras la 2ª Guerra Mundial en base a los principios del federalismo, el socialismo autogestionario y el internacionalismo regional de los trabajadores yugoslavos) es la que, en medio de una convulsión sangrienta, está estallando en esta década de los 90.

Demasiadas preguntas

La violencia de esa explosión nos abruma, de modo que ante esa catástrofe que vive desde hace diez años la población balcánica ex-yugoslava, son innumerables las preguntas que asaltan a cualquier persona con un mínimo de humanidad y sensatez. ¿Qué hace posible llegar a este grado de locura homicida? ¿Qué hace y es tan poderoso como para que unas gentes se lancen sobre otras, se maten, torturen, bombardeen, incendien ciudades y pueblos y, en definitiva, enloquezcamos de este modo? ... y sobre todo, ¿Cómo acabar con estos terrenales infiernos?. Con los de aquí y los de allí; en la ex-Yugoslavia y Argelia, en Marruecos y Turquía, en EE.UU. y en Israel, en Bolivia y Colombia ..., por citar sólo algunos de los que parecen estar más cerca.

Las respuestas no son sencillas

Las respuestas no son sencillas. Entre otras cosas porque intentar combatir este global desastre de fin de siglo desde la exigencia (o necesidad, a riesgo de hacernos los ciegos o cínicos al uso de los "conmigo no va") de apagarlo lugar a lugar, llama a llama [Kosovo, Sáhara, Guatemala, Liberia, Sierra Leona, Palestina, Angola, Afganistán, ...], centrando cada vez la atención allí dónde en ese momento apuntan los focos de los medios de comunicación, es un

tremendo error, cuando no una trampa, un fraude, del que apenas nos podemos librar.

La calculada dosificación y reparto geográfico-temporal del estruendo que se impone desde los grandes medios periodísticos (en realidad tampoco son ellos, sino el régimen que les paga, el sistema del dinero que rige esta barbarie), aturde, confunde e impide reconocer el ori-

gen del incendio, en este caso yugoslavo, y qué sostiene el lanzallamas en todo lugar. Porque el de la ex-Yugoslavia no es sólo un asunto regional, ni únicamente una confrontación entre vecinos, ya que muchos -los fundamentales- de los gestos y diálogos que ejecutan los actores locales han sido y están siendo escritos en Europa y EE.UU., pero también en los despachos de las grandes corporaciones económicas e ideólogos del nuevo Orden Internacional.

Desprenderse del discurso mediático

La verdadera dificultad para encontrar respuestas, más o menos eficaces, ante el actual conflicto en los Balcanes, probablemente estriba en el hecho de que enfrentarnos a la brutalidad del inarmónico orden que impera en el mundo -y la ex-Yugoslavia no es más que un episodio de ese Orden- significa enfrentarnos a poderosos enemigos (algunos dicen que omnipotentes y eternos, pero es mentira), que están en nuestra propia casa y que, en cierta medida, habitan en nosotros mismos.

En cualquier caso, nuestra respuesta ha de estar absolutamente alejada del fraudulento abuso que en cada momento hacen los medios de comunicación de los nombres propios y singulares, como si en tales nombres estuviera la solución de algún problema, sea eliminándolos o retirándolos de la escena (Milosevic, Mobutu, Suharto, Yugoslavia ...), sea apuntalándolos (Hussein, Clinton, ...).

El Mosaico

Cualquier población humana más o menos amplia puede subdividirse en grupos, atendiendo a determinadas características y relaciones establecidas entre los individuos: culturales, lingüísticas, anatómicas, sociales, de género, fase de la vida, etc.

El número y tipología de esos grupos es, por definición, indefinido, ya que las clasificaciones y juegos de identidad sobre una población dada pueden multiplicarse hasta el infinito medible (individuo a individuo, ser único a ser único, huella dactilar a huella dactilar) y cruzarse entre sí de mil y un modo diferentes. Todo depende del rasgo(s) (color de la piel, religión, familia lingüística, dialecto, territorio, rituales, adscripción a la fe o la ideología, etc) que pase a considerarse significativo y de la definición de especie que establezca.

De hecho, a lo largo de la historia y en cada territorio habitable, distintos grupos de seres humanos se constituyeron, desaparecieron, fusionaron o individualizaron en una intrincada red de relaciones y evoluciones que continúa hasta hoy, en la medida que a cada nombre de grupo (Serbio, Pontevedrés, Albanés, Mujer, Blanco, etc) se adhieran, pasiva o activamente, con algún fundamento o sin él, por perezosa herencia o por identificación gratificante, nuevos individuos y generaciones.

De la retórica al Estado-Nación

Los nudos de esa red, esto es, los rasgos considerados significativos por cada grupo [aquella(s) característica que los separa de los Otros y define su identidad] varían mucho a lo largo del tiempo, incluso en el ámbito del propio grupo, de modo que, en las más de las ocasiones,



sobre todo cuando el grupo se amplía y lo conforman cientos de miles o millones de personas sobre un territorio extenso, al final de la serie la única característica que en realidad permanece como propia del grupo es el nombre mismo, sin más contenido que una vaga ensoñación, más o menos mitológica, y descaradamente retórica, con la que se pretende validar un cierto derecho a la herencia (*esto de aquí es mionuestro, yo: la tierra, el trabajo, la historia, el derecho, las glorias numantinas o imperiales, el paisaje, ...*).

Es sobre esa retórica, ya vacía de todo contenido verdadero, sobre la que el nacionalismo establecerá su seducción, tratando de articularlo en estructuras políticas y Estado, bajo la falacia pueblo = nación a construir (retórica de combate) o ya hecha (retórica de agresión, expansión y coacción integradora y asimiladora) = Estado a proclamar o ya instaurado.

La retórica sobre la que el capitalismo, en su fase *nacional* -la burguesía decimonónica-, elaborará el cemento que atraiga, ate y sojuzgue al pueblo llano y naciente proletariado a los nuevos estados emergentes y, de ese modo, atenúe la confrontación social manteniendo el sometimiento, la desigualdad y la explotación laboral más voraz es, precisamente y antes que ninguna otra, la ideología nacionalista y la exaltación de lo *peculiar* integrable, reducible a normas (políticas de normalización ... de la lengua, de la cultura, de la historia, etc), leyes, administración y gobierno desde arriba. A ese nacionalismo estatista tratarán de enfrentarse la mayor parte de los trabajadores, oponiéndole el internacionalismo, la solidaridad de clase y la fraternidad obrera.

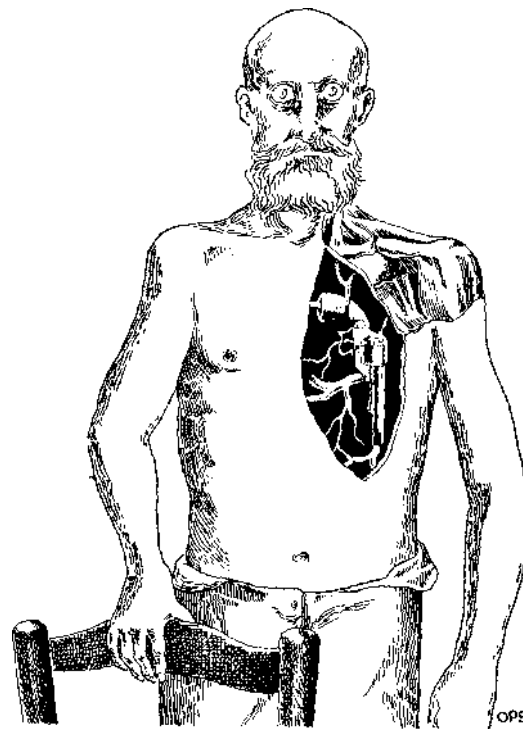
El nacionalismo naciente

Los trágicos años de 1830 a 1914 en Europa, definidos por numerosos historiadores como el período de "Construcción de las Naciones" y del "Nacionalismo" son un dramático ejemplo de aquella situación. Entre esos años se instituyeron, a sangre y fuego, la mayor parte de las naciones y estados europeos actuales, fuera por Unificación y expansión (Alemania, Italia), fuera por disgregación de los Imperios Austríaco, Turco o Ruso (Austria mismo, Hungría, Polonia, Croacia, Checoslovaquia, Finlandia, Grecia, Rumanía, Serbia, Bulgaria, Montenegro, etc) o de otro modo (separación de Noruega y Suecia, secesión de los Países Bajos, etc).

En la mayoría de esos países el nacionalismo argüía una nebulosa identidad, que ya no podía ser la lengua, ni la religión, ni características raciales, ni estructuras culturales, ni costumbres, ni ritos ... porque las poblaciones sobre las que se asentaba el nuevo estado ya eran múltiples y ninguna clasificación lograba corresponderse con el territorio.

Importantes burguesías locales no dudaron en recurrir a la mitología. Se inventaron los antepasados míticos y honorables o se recreó la comunidad ancestral. Pero en aquellos estados en los que el nacionalismo pretendió realmente hacer coincidir algún rasgo identitario con todos los súbditos sometidos al nuevo estado nacional, aún cuando ese carácter fuese tan difuso como la "etnia", la "cultura" o la "raza", el resultado no pudo ser más terrible y salvaje, hasta el exterminio o deportación en masa de millones de personas.

Yugoslavia recorrerá ese cruel camino. Pero si en el siglo XIX y primer tercio del siglo XX, emergieron los estados nacionales por exigencia del capitalismo industrial, ahora es el nuevo rostro del Dinero [globalizador y financiero, nucleado en torno a grandes concentraciones empresariales (del mismo dinero, agroalimentarias, del transporte y, últimamente, de las comunicaciones)] el que intenta establecer nuevos modos de control sobre las poblaciones locales. En aquella primera ocasión, el capitalismo industrial (centroeuropeo, francés e inglés) frenó la emergencia en los Balcanes de cualquier nación poderosa. En esta, el nuevo capitalismo intenta un nuevo mapa que, como el primero, será dibujado con sangre.



Trece siglos para el actual mosaico yugoslavo

Desde el siglo VI en que los *eslavos* llegaron a los Balcanes y el Mediterráneo, la historia de los distintos grupos y gentes eslavas y no-eslavas en el enclave de la extinta Yugoslavia resultó extraordinariamente compleja, típicamente fronteriza.

Al igual que en otras muchas regiones del mundo, las fronteras étnicas y políticas fueron múltiples y cambiantes, con frecuencia superpuestas, sometidas a continuos vaivenes, desplazamientos territoriales de grandes grupos sociales y recomposiciones políticas a menudo fruto de guerras, pactos más o menos violentos o al reparto de herencias entre monarcas, nobles y de los bienes eclesiásticos. A lo largo de los siglos, los pueblos emigrantes y los ejércitos invasores pasaron o se asentaron sobre las tierras de los eslavos del sur en una u otra dirección o bien chocaron en sus valles y montañas en continuo batallar.

Primeras referencias

En una apretada sinopsis histórica -que enseguida tendremos ocasión de ampliar- procedemos a situar los acontecimientos fundamentales de la historia de Yugoslavia, con el único fin de situarnos geográficamente y reconocer el aproximado significado de los nombres que personifican y dan color -aunque realmente apenas desempeñen un papel casi marginal- a la catástrofe balcánica.

- **ETNIA:** En el siglo VI, llegan los *eslavos* (*eslovenos, croatas y serbios*, fundamentalmente) a la región y se asientan sobre el territorio, desplazando a sus primitivos pobladores hacia el norte (*rumanos*) o hacia el sur-sureste (*ilirios-albaneses*).

- **RELIGIÓN:** Los eslavos son cristianizados a mediados de la Edad Media (*eslovenos y croatas, católicos*, bajo la égida del Papa de Roma; mientras que los demás: *serbios, macedonios y montenegrinos, cristianos-ortodoxos*, bajo el báculo de los Patriarcas),

- **SÚBDITOS:** Ya cristianizados, a lo largo de la Edad Media, constituyen varios reinos más o menos duraderos (Serbio, Croata, Bosnio, etc), que fueron destruidos por la invasión turca de los siglos XIV y XV.

- **BAJO LOS IMPERIOS:** La violenta irrupción de los turcos trajo consigo la destrucción y sometimiento del reino serbio, la conversión al islamismo de la mayor parte de Bosnia y Herzegovina y la región albanesa y la permanente sumisión de Croacia y Dalmacia (costa adriática) a las potencias católicas: Hungría, Austria y Venecia. De este modo se restablecía sobre la misma región balcánica (aunque no siempre exactamente sobre el mismo país), la vieja divisoria-encuentro entre Oriente y Occidente.

Del intento Yugoslavo a la actual catástrofe

Fue organizándose de este modo el revoltijo yugoslavo, la *macedonia* de pueblos que ahora, una vez dinamitado el proyecto de la nación yugoslava intentado por Tito y los partisanos, estalla en mil y una violencias para intentar un nuevo y cruel ensayo, ahora bajo la vigilancia -entre estúpida y criminal- de la gendarmería mundial:

El reparto del territorio ex-yugoslavo en al menos seis nuevos estados [Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Montenegro], coincidentes con la estructura territorial de las seis repúblicas tiístas, pero ahora creados en base a la ideología nacionalista de los grupos étnico-culturales dominantes en cada uno de ellos y la aplicación imposible de los principios de autodeterminación ...

... con el resultado final de la división de la población serbia en al menos 4 estados (Serbia, Croacia, Bosnia y Montenegro, que pueden ser 5 si se separa Kosovo o 3, si se confirma la expulsión, limpieza étnica, de los serbios de la Krajina y la Eslavonia croatas y de un Kosovo independiente), de los croatas en dos (Croacia y Bosnia) y la convivencia forzada en Bosnia, bajo ocupación y protectorado internacional de la ONU o la OTAN.

Este nuevo *ensayo o modelo*, ahora nacionalista, para *encajar* las piezas yuxtapuestas (los llamados *pueblos*) del ex-mosaico yugoslavo es, desde el punto de vista local, la cuestión clave que rige las bombas, los saqueos, las diversas limpiezas étnicas, en toda la región. Claro está que diseñar un mapa *étnico-nacionalista* y alegar al mismo tiempo el *derecho a la autodeterminación* sobre la compleja situación de Yugoslavia -lo mismo ocurriría en otras muchas regiones, si se intenta, es decir, allí donde los ámbitos étnicos predefinidos por las respectivas retóricas nacionalistas se superponen- y después pretender que los pueblos encajen en él sin violencia y horror, es pura insensatez y delirio.

El Orden Mundial como solución

Claro está que esa demencial decisión no tiene más fundamento que el juego de intereses y sometimientos en que anda metido el llamado Orden Internacional y sus ejecutores locales -Tudjman de Croacia o Milosevic de Serbia, Westendorp de Bosnia, Selimi de Kosovo, etc-, y con ellos todos aquellos que pregonan su viabilidad y, al mismo tiempo, usan palabras tales como Paz o Derechos Humanos.

Con todo, hay que tener en cuenta que el Orden mundial se sostiene precisamente con este tipo de delirios cainitas. Es evidente que *este* Orden mundial, surgido tras la *caída* del muro de Berlín, que se concibe a sí mismo como:

- un orden jerárquico y punitivo, arropado por la ideología medieval de la acción y guerra *justa* y la pertenencia de lo *justo* a la autoridad perfecta, es decir, la que viene de y es Dios en la tierra. La satanización de los enemigos a batir (Milosevic, Hussein, Gadafi...), convertidos para cada ocasión en el Mal horrendo es consecuencia inevitable y dogma esencial de esta vieja doctrina, que los medios de comunicación -altavoces y pregoneros de la autoridad, basura- se están encargando de llevar hasta la histeria necesaria.

- regido desde un centro administrativo-político casi único, EE.UU. -los demás pintan poco o nada-, pero cuyas decisiones son impuestas desde y por la compleja red de relaciones de poder e intereses, que llamamos Gran Capital o Dinero.





- cuyo aparato ideológico y propagandístico se basa en el ruido, esto es, en la trivialización y pauperización intelectual y ética de los medios de comunicación (complejo mediático).

Es evidente, decimos, que un Orden tal no es otra cosa que una alucinación que solo existe como permanente enajenación, como intervencionismo atroz de unas instituciones contra otras y, en las periferias del Orden (el todo planetario, desde la cárcel de Texas hasta la aldea más remota de Argelia o la Ex-Yugoslavia) como guerras, siempre civiles, de unos contra otros.

Sin embargo, no podemos poner en duda que las instituciones concretas creadas por esa alucinación puedan aguantar más o menos tiempo y que, como ocurre con la miseria o la guerra, puedan cuajar en Historia más o menos duradera -y las Croacias, Eslovenias, Serbias, Bosnias permanecer como tales por más o menos tiempo- pero el cruel envilecimiento actual habrá ocurrido, la opción estatista y nacionalista se habrá instalado y la Historia que siga será, una vez más, la del itinerario humano por el camino de la explotación social, la violencia y la injusticia.

Contra la mitología

Tal y como ocurre en tantas otras ocasiones y lugares, especialmente en las que la mitología, la creencia o la fe prevalecen sobre la vida, la razón o la solidaridad humana, para poder explicar determinados comportamientos e historias actuales -tales como los que ocurren hoy en la ex-Yugoslavia o en la España que participa en la carnicería- hay que remontarse a tiempos pretéritos y descender en el túnel de la dolorosa historia de las gentes y pueblos.

Porque es cierto que perviven sobre las personas y los territorios, instituciones e ideas, ideologías, adscripciones e intereses, ... fantasmas que los atrapan y encadenan al horror que los somete -a los serbios y a los kosovares, a los españoles y al piloto norteamericano- y les convierte en masas, en cosas hechas, en mercancías para la muerte, sea para recibirla, como explotados y sometidos, sea para darla, como soldado o banquero o, lo más frecuente, para las dos cosas al unísono.

El Estado, siempre totalitario pero especialmente cavernario en las dictaduras o democracias nacionalistas, suele apoyarse en las tradiciones, aunque, tal y como señala

Rocker *"lo que ellos llamaban tradiciones eran, en parte, fantasmas cerebrales de su imaginación enferma, y en parte conceptos que habían muerto desde hacía muchos siglos para el pueblo"*.

Hitos, Mitos y Aparato Ideológico

En páginas anteriores hemos avanzado un esquemático cuadro del complejo avatar histórico de la región yugoslava, con el único fin de orientarnos un poco en el aparentemente complicado entramado yugoslavo, en realidad no más variopinto que cualquier otro.

A modo de preámbulo, antes de seguir con un cierto detalle la evolución de los acontecimientos que desembocan en la actual tragedia, debemos precavernos teniendo en cuenta que la reducción de la historia a hitos, fechas y algu-

nos nombres, más o menos propios, produce un discurso más académico que verdadero, más mitológico que sensato; un discurso que apenas ayuda y casi siempre perjudica para entender lo que está ocurriendo siglos más tarde.

Pero también debemos reconocer que esos hitos y anécdotas pueden adquirir una importante función simbólica, a poco que alguien los recree como mitos de exaltación étnica e identitaria y utilice como elementos esenciales al aparato ideológico estatal y de control social. Así ocurrirá, por ejemplo, con el actual nacionalismo serbio respecto de la batalla del Campo de los Pájaros Negros, ocurrida en 1389 en tierras de la actual Kosovo.

El Campo de los Mirlos

El 15 de junio de aquél 1389, los ejércitos serbios (pero también albaneses, croatas, búlgaros y húngaros) dirigidos por el príncipe Lazar sufrieron una espantosa derrota frente a los turcos. La inmensidad del desastre y el recuerdo de los miles de cadáveres abandonados e insepultos, devorados por el tropel de aves negras, inspiró una bellísima saeta de canciones y poemas que la tradición oral popular transmitió de siglo en siglo.

Es esta historia, esta Numancia, una y mil veces revivida por los pueblos balcánicos (no sólo serbio) en baladas y fiestas, la que el nacionalismo serbio de Milosevic, una vez iniciada la desmembración de Yugoslavia, emplea desde hace trece años como formidable arma de propaganda. Utiliza el mito de la "sagrada tierra de Kosovo" -un lugar común en los poemas populares que recuerdan al príncipe Lazar- con el objetivo primero de detener el éxodo de serbios y montenegrinos que desde 1981 y hasta 1987, temerosos de la agitación nacionalista albanesa, huían de sus aldeas en Kosovo y con el objetivo último de la vertebración ideológica del estado serbio y la achicada Yugoslavia y frenar la "albanización" de Kosovo.

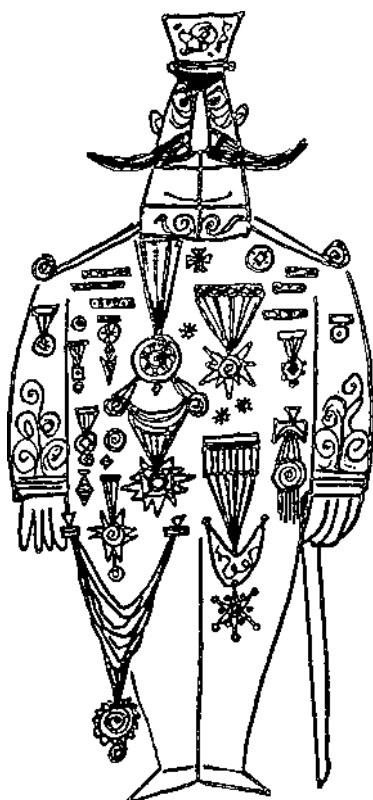
Hoy, aquella batalla del pasado, falseada e institucionalizada, traicionado el verdadero sentido catártico que durante siglos había servido al pueblo que canta (y no participa del estado y el poder de otro modo que sufriendolo), es ya una pieza de la Epopeya nacionalista, esto es, una lectura académica y oficial, un espectro más para encadenar al pueblo serbio al nuevo engendro y sus crímenes, a la unidad de la patria en peligro.

Las Independencias y el *eslavismo* regional

Ya precavidos respecto de la carga simbólica que pueden asumir los “cuadros históricos”, así como de su particular eficacia en el discurso político estatal (constituido o emergente) como vertebradores de identidades y diferencias arbitrarias, reemprendemos la referencia a aquellos acontecimientos del pasado que consideramos significativos o decisivos para comprender el presente.

A principios del siglo XIX llegaron a la región balcánica las ideas *proto-nacionalistas* (poéticas, literarias y artísticas) y *propialemente nacionalistas* (políticas) herederas o expresión del Romanticismo literario y cultural, nacido en el oeste europeo. Al mismo tiempo y en las décadas siguientes, sobre la base multi-cultural y, en general, multi-étnica de los Imperios que se repartían la zona, en unos casos las noblezas y en otros [allí donde había penetrado el capitalismo, aunque el comercio siguiese siendo la base de la economía] las burguesías locales, llamaban al pueblo llano a participar en la tradicional revuelta, ahora patriótica, por la independencia del turco o del austríaco o del húngaro o del francés (Napoleón invadió toda la costa y creó las Provincias Ilirias, para proteger las caravanas que transportaban el algodón vía Estambul y cerrar el mar Adriático a los ingleses).

Esas luchas presentaban un carácter significativamente distinto en el área turca y en la austro-húngara. Mientras que en el Imperio Otomano los enfrentamientos se resolvían con manifestaciones de inusitada violencia e increíble crueldad, en el norte y oeste austro-húngaro, al principio (ya que al final, la geografía de la atrocidad será justamente al revés) el enfrentamiento adopta formas más *culturales*, de defensa del eslavismo lingüístico y cultural y reconocimiento de las literaturas y manifestaciones folklóricas populares.



YUGOSLAVIA

De hecho, los nacionalismos *esloveno* y *croata* del siglo pasado (salvo contadas y en el momento poco relevantes excepciones) pregonaban la integración de todos los eslavos del sur, los *yugoslavos*, particularmente de los tres grupos mayoritarios. Fue este espíritu pan-nacional *yugoslavo* el que permitió la creación en 1918 (es decir, una vez todos ellos liberados de los respectivos Imperios como consecuencia del fin de la I Guerra Mundial) del *Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos* que, pocos años más tarde, en 1929, recibió por primera vez oficialmente el nombre de YUGOSLAVIA.



La identidad Yugoslava

Hagamos un poco de historia de este primer nacionalismo eslavo (integrador, por tanto, de los distintos pueblos eslavos balcánicos). Ya en 1840 varios de los poetas, escritores y lingüistas más conocidos de Croacia y Serbia se esfuerzan por integrar los diferentes *dialectos* eslavos de la región en una lengua común *serbocroata*. Apenas diez años más tarde, en 1850, las sociedades culturales croatas (*Matica Hrvatska*) y serbia (*Matica Srpska*) lograron la firma en Viena de un acuerdo entre escritores serbios y croatas para la utilización de la misma lengua, aunque sin conseguir unificar los alfabetos para su escritura (los croatas utilizan caracteres latinos, mientras que los serbios emplean caracteres cirílicos).

Esta alianza se hacía eco del *sentimiento de pertenencia e identidad* yugoslavo que en aquellos momentos estaba naciendo y antes no existía. Casi inmediatamente ese sentimiento cultural identitario trascendió del campo de la literatura al político, tendiendo a unificar a los serbios, croatas y eslovenos que vivían bajo el Imperio austríaco, desde los límites de Eslovenia-Croacia hasta Voivodina. En ese contexto comienza el uso del término *yugoslavo*, como nombre propio para nombrar, pero también para significar y conformar una hermandad de pueblos, hasta el momento ignorada o apenas significativa para las gentes de esos mismos pueblos.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX este nacionalismo sufrió un verdadero estancamiento, debido probablemente a la decisión del Imperio Austríaco de dividirse en dos estados, Austria y Hungría, con un soberano común, emperador de los austríacos y rey de los húngaros. A raíz de esta división, los eslovenos, los croatas de Dalmacia e Istria y los serbios de esta zona pasaron a depender de Austria, mientras que los croatas de la propia Croacia y Eslavonia, además de los serbios de esta región y los de Voivodina se entregaron a Hungría.

Independencia y nacionalismo

Tras la caída del Imperio Turco en el siglo pasado, Serbia y Montenegro fueron las primeras en alcanzar la independencia (1878), mientras que Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina (y, por tanto, los serbios que vivían en estas regiones) seguían bajo el dominio del Imperio Austro-Húngaro.

El nacimiento de los nuevos estados modernos de Serbia y Montenegro fraguó en cada uno de ellos, especialmente en Serbia, el nacionalismo particularista, aunque siguiera latiendo el nacionalismo yugoslavo en muchos intelectuales. De hecho, el nuevo estado necesitaba del aparato ideológico nacionalista exclusivamente serbio para garantizar su estabilidad interna y expansión. En gran medida para someter a un “proyecto común nacional” las aspiraciones frustradas de aquellos que en rigor habían padecido la lucha en todo su horror: los campesinos miserables y las pobres gentes de las ciudades y pueblos, pero que en la nueva nación independiente iban a seguir tan oprimidos, expoliados y victimizados como antes.

Los soles de aquellas Independencias serán, para ellos y todo el *pueblo llano*, oropeles de baratillo que les encadenarán al capitalismo incipiente o les mantendrá en la desesperada miseria del rural, destinándolos a súbditos del nuevo estado, que enseguida se meterá en nuevas guerras, más cárceles y ejecuciones y más retórica -Patria, Ejército, Honor, Grandeza, etc- para intentar afirmarse. Tanto es así, que en Serbia y países aledaños se extenderán con gran rapidez las organizaciones socialistas revolucionarias, declaradamente internacionalistas y antinacionalistas.

Este mismo doble proceso, el internacionalismo de las *clases bajas* y el nacionalismo de base étnica también tuvo su expresión en Croacia, aunque este segundo no muy arraigado en principio. Así, por ejemplo, Ante Starcevic dirigió el llamado Partido del Derecho, que rechazaba por igual a serbios y húngaros, reclamando un estado nacional exclusivamente croata.

Nacionalismo “Integrador” Nacionalismo “Étnico”

Al compás de los conflictos que enfrentaban a unos eslavos con el Imperio Austro-Húngaro y a otros, en las llamadas guerras balcánicas, con Turquía, fueron cristalizando en la región estas dos concepciones nacionalistas absolutamente diferentes y, al menos en un aspecto, contradictorias.

La Alianza Balcánica (Serbia, Bulgaria, Grecia, Montenegro) en 1912 había logrado arrebatar a Turquía sus últimos territorios en Europa, de modo que Grecia se incorporó gran parte de Macedonia, Bulgaria se adueñó de Tracia, Montenegro se extendió en parte del Sandzack, que compartió con Serbia que, además, se hacía con Kosovo y otra franja de Macedonia, mientras que Albania conseguía la independencia (a costa de que los albaneses quedasen repartidos entre Albania, Grecia, Serbia-Kosovo, Macedonia y Montenegro).

Pero este éxito hizo temer a Austria-Hungría que el robustecimiento y unión, parcial o global, de los pueblos



balcánicos pronto llevaría la esperanza y animaría a sus sometidos súbditos a sacudirse el yugo imperial. Para debilitar a Serbia, los políticos austríacos y húngaros intrigaron con éxito para que Bulgaria se enfrentase militarmente con Serbia (2ª Guerra Balcánica), pero esta salió reforzada política y territorialmente al saldarse el conflicto con la derrota búlgara.

I Guerra Mundial. Los Argumentos

Al año siguiente, en 1914, con la excusa del atentado de un nacionalista serbio contra el príncipe heredero de la corona imperial austríaca, Austria declaró la guerra a Serbia, dando comienzo a la I Guerra Mundial.

Los argumentos políticos y geoestratégicos, es decir, los intereses de quienes gobernaban en Alemania y Austria-Hungría (como siempre, para desgracia de sus respectivos pueblos y de todos), son bien conocidos y algunos de ellos mantendrán una cierta importancia en la violenta desintegración actual de Yugoslavia:

- Eslovenia, Croacia y Bosnia representaban el flanco sur y sur-sureste del Imperio, que permitía su salida al Mediterráneo y el control de amplias regiones sobre las que mantenían el dominio imperial y garantizaban esa salida al mar.

- La *eslavización* de todo el territorio (frente a la *germanización* cultural y demográfica que intentó el Imperio Austríaco) favorecía la presencia rusa en los Balcanes -muy activa desde siglos atrás, ya que frecuentemente apoyaban a los rebeldes ortodoxos contra el imperio turco- y la expansión del enorme imperio zarista hacia el sur, introduciéndose como una cuña de gran poder entre Europa y Asia.

- También veían con gran temor la presencia cada vez mayor de Francia e Inglaterra, pero sobre todo de Francia, en el área; acercándose a los serbios y montenegrinos los gobiernos y empresarios franceses pugnaban por abrirse paso y establecer rutas y lazos político-comerciales con Rusia y Asia a través de los Balcanes.



Declaración de Corfú

Tras el primer año de guerra, el ejército serbio tuvo que retirarse a la isla de Corfú a través de Albania, hasta juntarse con las tropas anglo-francesas para combatir en el frente de Salónica. El año 1917 un comité de refugiados políticos eslavos -entre los que se encontraban numerosos serbios, croatas y eslovenos que habían huido del servicio en el ejército imperial austríaco- firmó en Corfú una solemne Declaración en la que se manifestaba que los serbios, croatas y eslovenos eran un solo pueblo, el yugoslavo, y debían formar un único Estado, bajo la forma monárquica y la dinastía serbia de los Karadjorjevic.

Terminada la guerra y ya desaparecido el Imperio Austríaco, libres todos los eslavos del sur de los Imperios que les habían sojuzgado durante siglos, un Consejo Nacional, reunido en la capital croata, Zagreb, bajo la presidencia del esloveno Anton Karosëc ratificó formal e

institucionalmente la Declaración de Corfú. El 1 de Diciembre de 1918 se proclamaba el *Reino de los serbios, croatas y eslovenos*, que aún no se denominó, oficialmente, Yugoslavia.

Aparentemente se había impuesto el nacionalismo integrador pan-eslavo regional, heredero del patriotismo que inspirara a los poetas y escritores decimonónicos que, aunque dejaba fuera del proyecto nacional y estatal

importantes minorías (alemanes, albaneses, turcos, gitanos, judíos...), favorecía la asimilación de muchas gentes y pueblos.

Pero los hechos desmentirán esta visión. Lo cierto es que el príncipe Alejandro, regente de Serbia, se negó a la construcción de un estado federal o confederal, a reconocer derechos propios a las diferentes regiones e impuso unas instituciones centralistas que enseguida despertarán los recelos y la frustración de croatas, eslovenos e, incluso, serbios no monárquicos.

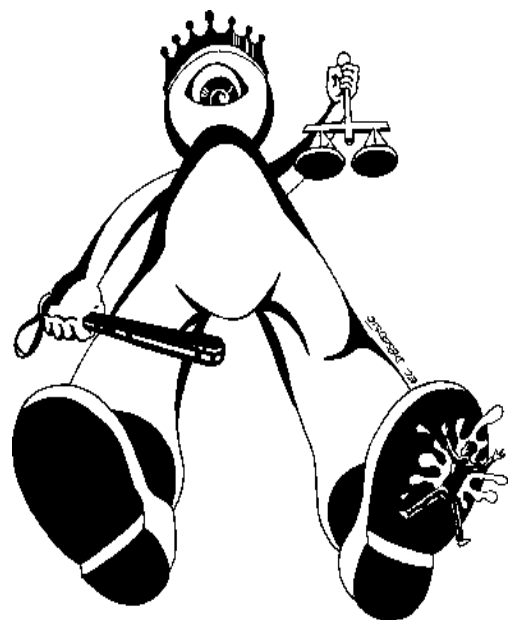
Bajo esta monarquía y el corrupto sistema parlamentario que la sostenía, los conflictos estallaron por doquier. La represión más inicua caía una y otra vez sobre todos, aunque de modo especial sobre los movimientos revolucionarios de tipo social y sindical, pero también federativos, que iban surgiendo un poco por todas partes, a medida que se instalaba el capitalismo y perdía importancia económica la agricultura.

Fin de la primera Yugoslavia

Ante la agudización de los conflictos, el propio rey Alejandro dio un golpe de estado e implantó una dictadura personal. El nuevo régimen autoritario, absolutamente reaccionario en lo social y centralista en lo político-administrativo, fue inmediatamente contestado con extraordinaria intensidad por los distintos grupos arrojados a la clandestinidad. La violencia política y social, así como la represión institucional, fueron creciendo al mismo ritmo que el centralismo y la serbiatización fascistoide de la monarquía, hasta que el propio rey muere en 1934 víctima de un atentado perpetrado por un macedonio.

El nuevo regente, el príncipe Pablo, para sostener el trono -cuestionado por sus súbditos de todo color y condición- intenta acercarse a Alemania y el régimen de Hitler, de modo que el 25 de marzo de 1941 suscribe un pacto de adhesión con Alemania, Italia y Japón. Esa firma hizo saltar en pedazos el primer intento de construir la nación yugoslava, aunque esta ya estaba muerta desde su nacimiento al vincularse a la monarquía serbia y esta querer imponer un modelo de estado autoritario, centralista y absolutamente retrógrado.

El 6 de abril, Hitler ordena el bombardeo de Belgrado y comienza la invasión y reparto de Yugoslavia entre las potencias y estados sucursales del Eje: Alemania, Italia, Albania (se hace cargo de Kosovo y parte de Macedonia), Bulgaria y Hungría. Pero con la ocupación nace también la Resistencia y la guerra civil se superpuso a la guerra contra los invasores.



SEGUNDA «YUGOSLAVIA»

La República Popular Federal de Yugoslavia (1948-1980)

Sobre la impresionante lucha de los partisanos yugoslavos contra la invasión ítalo-alemana y los milicianos nacional-fascistas del Estado Independiente de Croacia de Antic Pavlevic (uno de los peores criminales de la historia, ahora glorificado por el presidente de Croacia Franjo Tudjman), se articula al final de la 2ª guerra mundial la República Popular Federal de Yugoslavia, regida por el jefe de la Resistencia, el general comunista Josip Broz Tito, antiguo brigadista internacional en la Guerra española.

El nuevo régimen procurará ensamblar todo el conjunto de pueblos, culturas, gentes e intereses de la región y frenar las fuerzas que impedirían la cohesión del nuevo Estado. Ahora bien, el nuevo proyecto de Yugoslavia se abordará desde un punto de vista y unas premisas absolutamente diferentes, antagonistas en el más estricto sentido de la palabra, tanto a la filosofía autonomista y esclavista que subyacía en la Declaración de Corfú como al reaccionarismo, centralista y fascistoide, de la monarquía serbia de entreguerras.

Los nuevos gobernantes pretenderán que la cohesión de Yugoslavia, que identifican con el nuevo régimen y Estado yugoslavo, sea el fruto de la transformación revolucionaria de la sociedad y la gestión estatal descentralizada y antinacionalista, bajo la dirección dictatorial de la organización comunista.

Las bases del nuevo Estado

Ya en la primera Constitución, acordada en 1946, cuando apenas habían acabado las guerras (la civil contra los colaboracionistas fascistas y nacionalistas *ustachis* de Croacia y *chetniks* de Serbia y la guerra general contra los invasores), se hizo más o menos explícita la filosofía del nuevo Estado, aunque tardará algunos años en formularse de modo definitivo:

- *Autogestión socialista* y reorganización de la economía en base a la *propiedad social y colectiva* y la *descentralización de la política económica*.

- Sistema de representación, electoral y de ocupación de cargos que garantizase la absoluta primacía de las organizaciones comunistas [el partido único], como responsables de la cohesión estatal.

- Reafirmación del *principio de integridad territorial yugoslavo* (todos los ciudadanos pasaban a considerarse *yugoslavos*, más allá de su adscripción nacional) y el *Federalismo territorial* (¡no étnico!), con el reconocimiento de una amplia autonomía para las nuevas entidades territoriales establecidas como Repúblicas [Croacia, Eslovenia, Montenegro, Macedonia, Bosnia-Herzegovina y Serbia] o provincias autónomas [Voivodina y Kosovo, ambas dependientes de la República Serbia].

Este federalismo territorial se concretó en la organización de un Parlamento de 2 cámaras: un *Consejo Federal* compuesto por 319 miembros (uno por cada 40.000 votantes) y un *Consejo de las Nacionalidades* integrado por 180 miembros (25 miembros por cada una de las Repúblicas y 15 para cada una de las dos regiones especiales: Voivodina y Kosovo).

- Reconocimiento de las libertades y derechos individuales de *religión* (el estado se define laico y prohíbe estrictamente la interferencia religiosa en cualquier actividad del estado, limitándose la actividad clerical a los templos y la vida privada), *asociación* (no política) y reconocimiento oficial de las *lenguas y alfabetos*, incluidas las minoritarias en cada una de las Repúblicas y provincias.

- *Independencia* de Yugoslavia respecto de la política de bloques generada durante la llamada guerra fría (Movimiento de los países no-alineados, ruptura con la URSS y con China, apertura comercial hacia todos los países, independientemente de su sistema económico-político, etc).

- *Abolición de la monarquía* y declaración explícita del nuevo régimen como *antifascista y anticapitalista*.

El socialismo autogestionario

El 26 de junio de 1950 se aprobó una ley que ponía en manos de los trabajadores la dirección de todas las empresas. Se trataba de un paso definitivo para la implantación de la *autogestión* como característica fundamental del sistema yugoslavo, fundamentada en la propiedad social (no monopolizada por el estado o los particulares) y la combinación de los sistemas delegatorio y asambleario en la toma de decisiones.

Uno de los puntos más conflictivos del sistema autogestionario yugoslavo -y que, a la larga, se revelará como un verdadero cáncer- será precisamente esta combinación de los sistemas delegatorio y asambleario, así como el sistema para la elección de los cargos, por cuanto en la práctica las representaciones con poder ejecutivo sólo recaían en miembros de las llamadas organizaciones sociopolíticas autorizadas (principalmente La Liga de los Comunistas, pero también la Unión de los Sindicatos de Yugoslavia, etc), y estos se constituirán en una burocracia absolutamente inepta y caciquil.

A partir de 1962, en todas las empresas y fábricas se elegían los Consejos de Trabajadores cada dos años, pero no en una elección bajo cualquier modalidad de democracia directa, sino bajo el régimen de partido único y candidatura avalada, al igual que se hacía para todas las demás elecciones, por ejemplo, las de los gobiernos locales y central. De este modo en los puestos importantes de la

política, económica, administrativa o cultural no había nadie que no fuese partidario del régimen y la dictadura.

La ley reconocía a los Consejos de Trabajadores el suficiente poder para llevar la administración interna, condiciones de trabajo, distribución del capital y renta, así como para decidir qué productos correspondían a cada empresa y cómo y cuando los debía comercializar. Muy pronto, el principio de la autogestión del Consejo de Trabajadores se extendió virtualmente a todos los grupos, incluyendo universidades, escuelas, hospitales, servicios civiles, transportes, comercio exterior, comunidades vecinales, etc.

Los límites de la autogestión

La importancia de este modelo autogestionario creado en Yugoslavia y sostenido a lo largo de tres décadas (desde los años 50 a los 80, pero con más intensidad a partir del 61-62) rebasó con mucho el ámbito yugoslavo y el campo de lo meramente económico y político, hasta el punto de convertirse en mito y esperanza de no pocos socialistas revolucionarios, comunistas e incluso anarquistas, que creyeron ver en la experiencia *tiísta* una vía posible -la *vía yugoslava al socialismo*- para la paulatina desaparición del estado y las diferencias sociales y el comienzo de un nuevo modo de organización social y política asamblearia y apenas autoritaria. Esta impresión esperanzada adquirió todavía más fuerza cuando el régimen de Tito se enfrentó a Stalin y pareció que renunciaba a la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

Sin embargo, también esa esperanza se perdió en breve tiempo, aunque nada más fuera porque en la segunda guerra mundial no sólo murieron decenas de millones de personas, sino que se eclipsó también la idea misma revolucionaria de una sociedad fundamentada en la igualdad y la libertad internacionales. Entre otros factores, porque la opción marxista de vincular la esperanza y objetivos de la revolución a la conquista del poder político y la posterior acción desde el Estado reconstruido y

fortalecido como dictadura, había llevado, pese a su aparente éxito, a un callejón sin salida a prácticamente todo el movimiento obrero mundial, tal y como los anarquistas desde el siglo XIX habían predicho que ocurriría.

Un cemento que no fragua

Si el sistema autogestionario representaba para los teóricos y gobernantes del *tiísmo* un principio fundamental que sostenía el estado, articulaba horizontal y transversalmente a los trabajadores en todo el ámbito de la Federación y garantizaba la integridad territorial frente a las tendencias nacionalistas que pugnaban en algunas Repúblicas y provincias, apenas lograron comprender [cuando cayeron en la cuenta, en la década de los 80, ya era demasiado tarde] que los límites de la autogestión yugoslava -concretados en el sometimiento de todo el sistema al Estado y la dictadura del partido- impedirán que el cemento fragüe y arrastrarán en su caída la idea misma de Yugoslavia.

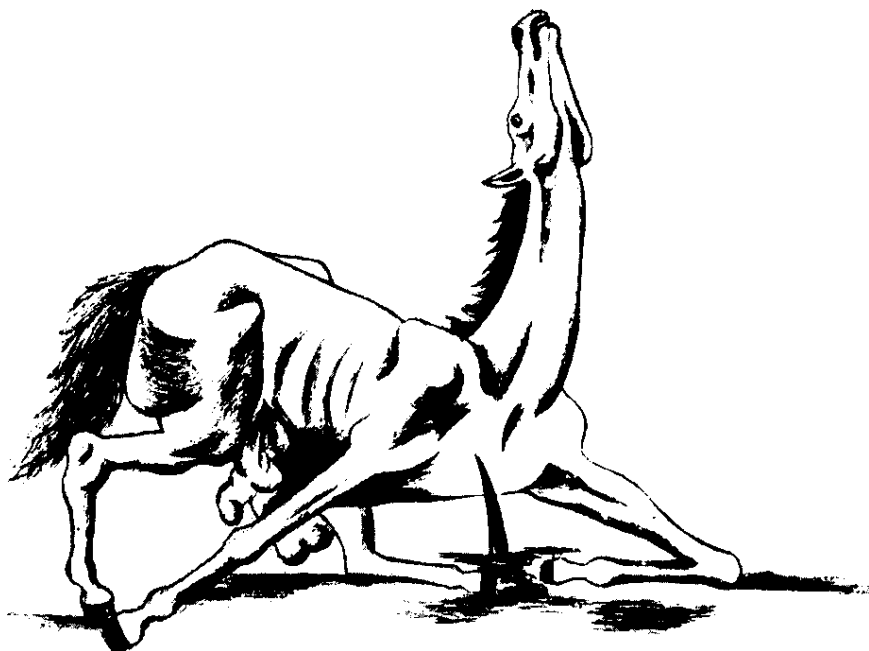
Lecciones aragonesas

Lo curioso es que Tito, que sabía la experiencia colectivista y de las Comunas anarquistas en Aragón durante la guerra española en tanto que brigadista internacional, debería conocer que el sistema autogestionario, para serlo y ser eficaz, está obligado a abarcar aspectos bastante más amplios que la mera autogestión económica y la descentralización del aparato y decisiones productivas, y es incompatible con un sistema social de democracia representativa y más aún si esa representación se consigue mediante el sistema electoral de partido único y voto secreto.

Esta es la primera constatación. La autogestión yugoslava no abarcaba más que aspectos muy concretos de la vida económica (ni siquiera toda la economía y relaciones de producción) y municipal pero dejaba incólume todo el aparato dominador del estado, del partido y la vanguardia dirigente. De este modo las decisiones adoptadas en las asambleas estaban inevitablemente mediatizadas por el poder de otros. En palabras del yugoslavo Djilas: "Sin libertad universal, la propia gestión obrera no puede ser libre. Está claro que en una sociedad aherrojada nada puede ser libremente decidido por parte de nadie. Los *descentralizadores* centralizados siempre se las han ingeniado para hacer pagar, de un modo u otro, y por encima de su valor, la independencia que supuestamente han acordado".

El intervencionismo estatal

Pese a que en la Yugoslavia de Tito el intervencionismo del Estado en el desenvolvimiento económico de las empresas era más discreto y menos perceptible que en el resto de los países que vivían bajo la tutela de un partido comunista, no por ello dejó de ser el Estado un factor de primer orden que planificaba, centralizaba e imponía el



desarrollo global de la economía. Ese intervencionismo dictatorial, que descarta en la práctica la teórica autogestión de los Consejos de los Trabajadores, se realizaba a varios niveles.

En primer lugar, como ya hemos dicho, a través del sistema electoral de partido único y el carácter ejecutivo de los delegados, incluso de aquellos que, para los más altos niveles, se elegían por mecanismos indirectos (en asambleas de representantes y no directamente por los afectados), a través de una complicada, pero no por ello menos eficaz, red de dependencias, miedos y controles de los aparatos y grupos gobernantes sobre los trabajadores.

En segundo lugar a través del *Consejo Federal de Productores*, las *Cámaras de Comercio*, destinadas a la colaboración y coordinación entre las distintas empresas, la *Planificación Central*, que determina las líneas generales sobre las que se asienta la economía de la Federación y señala las industrias prioritarias, el *Fondo Nacional de Inversiones* que aporta los fondos necesarios para la creación de empresas y otorga anticipos para su mejora, los *Impuestos* sobre la venta y compra, los *Decretos*, que regulan la política de precios, los fenómenos de mercado, el control de los cambios interiores, etc.

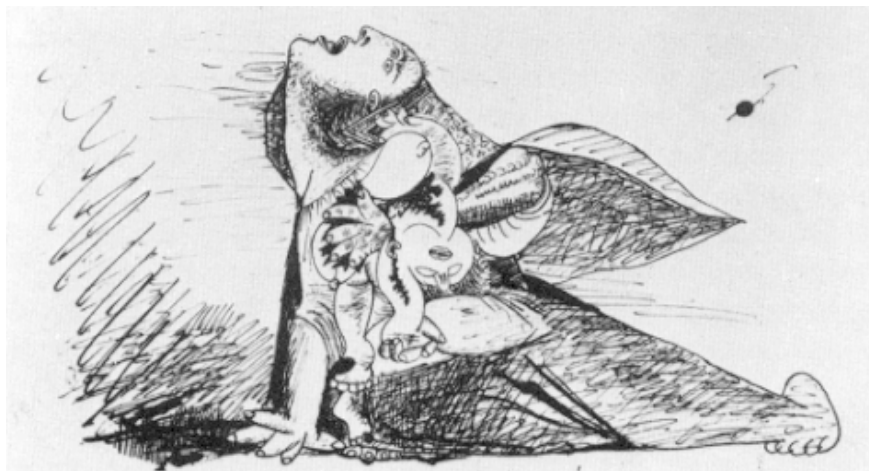
Los nacionalismos en la Yugoslavia *Tiísta*

La transformación económica y el cambio social impuesto por los guerrilleros y el *tiísmo* tuvo la virtud de que las tensiones nacionalistas se mantuvieran en un segundo plano o fueran casi inexistentes, hasta el momento en que la crisis económica de los años 70 (crisis mundial que afectó extraordinariamente a Yugoslavia) puso en evidencia la debilidad del sistema y las prácticas corruptas y burocráticas con que los funcionarios del partido y las organizaciones sociopolíticas defendían sus privilegios. Hasta esas fechas, la descentralización asumida por el *tiísmo* parecía colmar, al menos desde el punto de vista organizativo, las más de las aspiraciones locales y regionales, pese a que las diferencias económicas y de nivel de vida entre las regiones Eslovena y Croata y del resto del país eran más que notables.

Las cosas empezaron a cambiar en 1970, aunque eran pocos los que a esas alturas ponían en duda la integridad territorial y la unidad federalista de Yugoslavia. En ese periodo, las dificultades económicas alentaban entre los dirigentes croatas y eslovenos expresiones del tipo: "El gobierno central detrae demasiado dinero de Croacia y Eslovenia para destinarlo a las otras regiones que no saben aprovecharlo" o también "debemos retener una mayor cuota de ingresos de nuestro producto bruto". Con los agravios al dinero de los ricos y a medida que crecía la denuncia del "despilfarro" que cometían los más pobres (montenegrinos, macedonios y albaneses, principalmente), crecía la marea nacionalista, aunque manteniéndose, por ahora, en el ámbito *cultural* o de la discusión presupuestaria y descentralizadora.

Idioma / Escritura / Ortografía

Sin embargo, al agudizarse la crisis económica, al año siguiente, en 1971, la Asociación Cultural croata *Matica hrvatska* protagonizó un cambio de inflexión en la acción política del nacionalismo croata que hasta el



momento se mantenía más o menos solapado, al vincular la cultura de la diferencia y la peculiaridad (incluso la más anecdótica e irrelevante) a objetivos políticos de expansión territorial de la República de Croacia, a cuenta de Bosnia y de Serbia. En ese mismo verano, *Matica hrvatska* lanzó una campaña de "deserbización" de la lengua croata (serbiocroata), que en septiembre logró cambiar los rótulos de los ferrocarriles, aunque continuaron las protestas por los carteles que ostentaban los autobuses del aeropuerto de Zagreb, capital de Croacia, que en vez de *Jugoslovenski Aerotransport* (en serbio) deberían lucir *Jugoslavenski Aerotransport* (en croata).

Esta exasperación lingüística croata (en un país como Yugoslavia en el que, por ejemplo, sólo en la región autónoma de la Voivodina se reconocían al menos cinco idiomas oficiales: serbio-croata, húngaro, eslovaco, rumano y ruso) tenía como único objetivo servir de vehículo y caldo de cultivo para una confrontación en la que el nacionalismo crece. Quizás no fue el conflicto lingüístico un elemento decisivo en la catástrofe final yugoslava, pero la crispación generada en los años 70 por los académicos nacionalistas croatas en torno a la ortografía o las disputas sobre si la denominación del idioma común debía ser serbiocroata o croataserbio, croata, serbio, serbiobosnio, croatabosnio o bosniomusulmán serbiatizado (finalmente se decidió que cada República lo denominase *oficialmente* como quisiera), tensaban la cuerda del conflicto étnico hasta extremos de histeria.



Serbia - Kosovo Territorio e historias

La provincia autónoma de Kosovo, una de las zonas más pobres de todo Yugoslavia, es un reducido territorio con importantes yacimientos metalíferos (plomo, zinc, níquel, carbón, etc) limítrofe con Albania, Serbia, Montenegro y Macedonia. Sobre esta región se había asentado en la Edad Media el reino de Serbia, hasta que toda la zona fue desalojada de sus habitantes eslavos como consecuencia de la derrota que los turcos inflingieron en 1389 al ejército del príncipe serbio Lazar, en el lugar conocido como Campo de los Mirlos. Tras el desplazamiento hacia el norte y oeste de los serbios, el Imperio Turco recolonizó, ahora con campesinos albaneses, las tierras conquistadas.

En el reparto del mundo y del Imperio Turco que impusieron las potencias aliadas Europeas, decidieron que Kosovo se integrase en Serbia (Conferencia de Londres, 1913) aunque desde el primer momento Albania reclamó el territorio en el que se alojaba una evidente mayoría de albaneses. No en vano muchos de los patriotas albaneses más conocidos, que soportaron con extraordinaria heroicidad la lucha contra los turcos, eran kosovares.

Durante la 2ª Guerra Mundial la provincia de Kosovo fue invadida por los fascistas italianos que la devolvieron a Albania. Sin embargo, los partisanos yugoslavos una vez terminada la guerra impusieron el retorno de Kosovo a Serbia, aunque durante un cierto tiempo los guerrilleros albaneses intentaron, desesperada pero inútilmente, recuperar el territorio. Fue este el único caso aparente en que se mantuvo un pueblo dentro de la Federación Yugoslava por la fuerza de las armas y en nombre de la integridad territorial.

Crisis kosovar de 1968

Desde el final de la guerra mundial las relaciones de las gentes de la provincia kosovar con la República Serbia a la que pertenecían no fueron buenas y, en consecuencia, tampoco lo fueron con la Federación Yugoslava. Ya en 1968 se produjeron violentas manifestaciones en Kosovo y Macedonia en las que los albaneses reclamaban constituirse en República, lo que hubiera significado un gravísimo problema para Macedonia, donde los albaneses representaban casi el 20% de la población. Por esta razón y, claro está, por la tajante oposición de la República Serbia que seguía viendo en Kosovo su territorio fundacional y en el que ya se había asentado desde el siglo XIX una importante población eslava, los albaneses-kosovares no consiguieron su objetivo.

Sin embargo, las manifestaciones consiguieron llamar la atención sobre la desesperada situación económica de la provincia y la pobreza de sus habitantes, decidiéndose entonces la movilización hacia Kosovo de importantes inversiones, tanto en el sector productivo como en los servicios educativos, asistenciales y sanitarios. El resultado fue el crecimiento espectacular del número de funcionarios albaneses (que desplazaron a los serbios), el surgir de grandes pero no muy rentables fábricas y megacentros industriales y una *albanización* cada vez más contundente en todos los órdenes de la vida social.

La Constitución de 1974

Con la descentralización política ocurrió el mismo fenómeno que con el sistema autogestionario, antes comentado. También representaba un factor esencial que garantizaba la cohesión estatal y su fracaso será igualmente decisivo en la disolución final de la vía yugoslava y la partición del Estado mismo.

La Constitución de 1974, aprobada tras la represión desencadenada por el gobierno de Tito contra el nacionalismo croata emergente en el 71, acentuaba la descentralización y otorgaba poderes a las Repúblicas (incluso el de veto sobre importantes decisiones que debía adoptar la Federación) desconocidos en cualquier otra nación del mundo, pero con el cuidado de mantener el sistema de partido único y el régimen electoral general. La consecuencia fue que la burocracia del partido, la vanguardia, se asentó e hizo fuerte en las altas instancias de cada una de las Repúblicas, transformándose en una suerte de oligarquía o caudillismo regional mantenido por una amplísima red clientelar corrupta que llegaba hasta el último rincón de las provincias y exigía cada vez más prerrogativas y cambalaches locales. También Estado y descentralización real se revelaron incompatibles.



ACOSO Y DERRIBO DE YUGOSLAVIA

Como le había ocurrido a la primera Yugoslavia (1918 - 1945), también la segunda será liquidada de un modo atroz.

Recordemos que el nacimiento de la primera (1918) se había cobrado cientos de miles de víctimas, asesinadas en las sucesivas guerras regionales y la I Guerra Mundial. Baste con señalar que entre 1910 y 1918 el 25% de la población serbia pereció a manos de las soldadescas de uno u otro bando.

También hemos comentado que la caída y fragmentación de ese primer estado yugoslavo se organizó durante la 2ª Guerra Mundial como una espantosa guerra civil entremezclada con el levantamiento de la Resistencia contra la invasión nazi y fascista. En esta ocasión serán casi dos millones las personas entregadas a la muerte, en los frentes de batalla, pero sobre todo en las represalias, bombardeos, fusilamientos y campos de exterminio.

Especialmente tenebrosa fue la actuación del nuevo Estado Independiente de Croacia, nacido al amparo de las tropas hitlerianas, de Ante Pavelic que logró imponer la llamada “solución serbia”, esto es, “el exterminio físico de un tercio de la población serbia que vivía en los territorios que debían integrarse en el nuevo estado croata, la expulsión de otro tercio hacia el interior de Serbia y la asimilación del otro tercio como mano de obra en las industrias esenciales de guerra”. Al menos medio millón de serbios fueron ejecutados por los cuerpos policíaco-militares *ustachi* de Pavelic en aplicación de esta *solución*.

Comienza la demolición de Yugoslavia

Desde la muerte del general Tito ocurrida en 1980 la diplomacia alemana (también la norteamericana, pero con menos éxito) buscó el entendimiento con las nuevas clases dirigentes que iban surgiendo en las Repúblicas de Yugoslavia, a fin de derribar *suavemente* el socialismo autogestionario y controlar desde Alemania la transición al capitalismo.

Probablemente los más importantes industriales alemanes no buscasen en aquél momento dinamitar el estado Yugoslavo y confiar en lograr la *transición* de la Yugoslavia post-tiísta al capitalismo -por supuesto controlado y en favor de los empresarios alemanes- sin que ello implicase la ruptura de la nación. Sin embargo, al socavar el socialismo autogestionario [tal y como lo hemos visto definido en el anterior capítulo] se quebraba la columna vertebral que mantenía unida Yugoslavia.

Además los financieros alemanes para hacerse con el control del proceso sólo contaban con los fuertes y tradicionales vínculos de Alemania con las dos Repúblicas más occidentales: Eslovenia y Croacia, mientras que el resto de las Repúblicas, sobre todo Bosnia y Serbia mantenían un justificadísimo recelo ante la hegemonía germana. Así pues, Alemania (ante el recelo de una Francia impotente y preocupada por restablecer el eje Bonn-Berlín en la Unión Europea) no dudó en alentar en los dirigentes eslovenos y croatas el nacionalismo, mantener vivo el recuerdo de los terribles choques étnicos del pasado reciente y articular la paulatina ruptura de los lazos federales.

Entronización del capitalismo

Del mismo modo que la entronización del capitalismo en la Unión Soviética (a partir de 1986) exigió la desmembración de la URSS y la aparición de numerosos nuevos Estados *nacionales* más o menos independientes de Rusia (Estonia, Letonia, Lituania,

Bielorrusia, Ucrania, Armenia, Georgia, Azerbaiján, Kazakistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tadjikistán), la separación de Checoslovaquia, la secesión de Moldavia de Rumanía y su secuela de conflictos étnicos y guerras civiles: Chechenia, Afganistán, Armenia, Georgia, Azerbaiján, etc; del mismo modo, decimos, la transición al capitalismo de Yugoslavia impondrá inevitablemente la múltiple secesión del Estado, la apresurada reconversión de las oligarquías regionales ex-comunistas en nacionalistas, la soterrada guerra civil en cada una de las Repúblicas que, a partir de 1990, derivará hacia la forma de guerras entre nacionalidades.

Derribo de Yugoslavia

Ya en 1984 todos apreciaban que Yugoslavia estaba en trance de romperse y desde Europa se intrigaba, política y financieramente, para favorecer el proceso. En la compartida certeza de que Yugoslavia estaba a punto de desaparecer los líderes *nacionalistas* eslovenos, croatas y serbios definieron sus respectivos proyectos y trataron de buscar en el exterior los apoyos necesarios.

Claro está que este nacionalismo de los nuevos conversos a tal cosa no podía ser aquél “integrador de nacionalidades” que había propiciado el nacimiento de la primera Yugoslavia y favorecido la segunda, sino el étnico, el excluyente y normalizador, el de las falaces peculiaridades y exaltación patriótica de una historia reinventada para la ocasión..., cuya penúltima expresión había sido el horrendo Estado Independiente de Croacia de Ante Pavelic y sus *ustachi*.

Kosovo y el nuevo nacionalismo serbio

A comienzos de los años 80 la provincia autónoma de Kosovo era una de las regiones más pobres y subdesarrolladas de Yugoslavia, en la que vivían una mayoría de gentes albanesas y una importante minoría serbia. Quizás en parte por ese subdesarrollo, pero sobre todo por su histórico rechazo a integrarse en Serbia o Yugoslavia al considerarse parte de Albania, lo cierto es que nunca los albaneses kosovares hicieron realmente suya o se sintieron protagonistas de la *vía yugoslava al socialismo*.

Ya hemos comentado como en la 2ª Guerra Mundial los guerrilleros antifascistas consideraron la necesidad de ocupar militarmente Kosovo como único medio de preservar la integridad del país. También hemos señalado las revueltas ocurridas en la región en 1968 y como, a consecuencia de ellas, pero también de las posibilidades que ofrecían el Estatuto de Autonomía de la provincia y la muy descentralizadora Constitución Yugoslava de 1974, se produjo la llamada *albanización* de Kosovo, es decir, el cada vez mayor predominio de lo *albanés* en todos los órdenes (cultural, educativo, profesional, etc) y el desplazamiento de los nativos serbios de la administración.

Insurrección de 1981

Al año siguiente de la muerte de Tito una protesta estudiantil derivó en manifestaciones multitudinarias que exigían transformar Kosovo en una República independiente de Serbia. Milosevic respondió ordenando la intervención del ejército.

Desde aquella temprana fecha la tensión en Kosovo no hará más que crecer lo que no dudará en utilizar el nuevo jefe comunista de Serbia, Milosevic, para aglutinar, alrededor de la mitología histórica y la exaltación de la Numancia del Campo de Mirlos, fidelidades y solidaridades con que dirigir a su pueblo directamente al matadero del nuevo estado.

Tras las revueltas del 81 muchos serbios y montenegrinos inician un éxodo desde Kosovo hacia Serbia, sea porque temieran la agresión de los nacionalistas albaneses o porque percibiesen que la *albanización* cultural y económica tendía a excluirlos socialmente. Es para detener ese éxodo que Milosevic inicia en 1987 la convocatoria de actos de masas serbias con un lenguaje cada vez más agresivamente nacionalista. En sus discursos anuncia su intención de anular la Autonomía de Kosovo y Voivodina, imponer el centralismo político y proceder a la eslavización cultural y administrativa de ambas provincias.

Sin embargo, hasta 1988 y 1989 continúa el éxodo de serbios y montenegrinos que abandonan Kosovo. En este último año, Milosevic logra que el Parlamento de la República anule la autonomía de Kosovo y Voivodina. A las protestas de los albaneses responde Milosevic con el despliegue del ejército y la convocatoria de una concentración de más de un millón de personas, para celebrar en el *Campo de los Mirlos* el aniversario de la antigua batalla en la que *sus antepasados* habían sido masacrados por los turcos y en la que habían perdido el “corazón de su patria: Kosovo”.

Desintegración de Yugoslavia

Desde 1981 el capitalismo mundial, El Orden Internacional, sabía que Yugoslavia tenía que desaparecer como nación. Nueve años más tarde, empieza a considerar el modo en que los nuevos estados se repartirán Yugoslavia, una vez que las fuerzas centrífugas optan por la competencia nacionalista y retrasan el acuerdo sobre el reparto. Y ese *modo*, esa estrategia, será la aplicación del llamado principio de autodeterminación de los pueblos sobre la estructura territorial de las 6 Repúblicas tiístas, lo que implicará las guerras civiles de Croacia, Bosnia y Serbia, las *limpiezas étnicas* y desplazamientos masivos de la población, las matanzas a las que hoy asistimos, perpetradas por la OTAN y el gobierno serbio.

Si el concepto mismo de autodeterminación política -pretendido derecho de un pueblo a decidir su muerte, crear fronteras en lugar de disolverlas, patrimonializar un territorio y hacer del estado el ámbito de los suyos- es ya un sin-sentido, intentar aplicarlo sobre poblaciones y gentes que no quieren o no pueden reconocerse y reducirse a eso que los políticos nacionalistas y los estados por ellos regidos quieren llamar UN o SU pueblo es, directamente, criminal.

Mutilar pueblos para crear estados

Ya hemos dicho antes que esa acción criminal, decidida por aquello que hemos definido como el Orden Mundial, ofrece el resultado que está a la vista de todos. Muerte y desolación, reducción de las gentes a pueblos confrontados y odios que no son suyos, a nombres vacíos de significado, y un mapa político absolutamente surrealista, que garantiza la presencia de la guerra y la desgracia de todas las poblaciones del lugar por varias generaciones.

Alemania, con sus prisas en hacerse con los negocios de Croacia y Eslovenia y reafirmar su hegemonía sobre las áreas que iba dejando vacías el hundimiento del bloque soviético, dio al traste con el intento de los nuevos estados de repartirse Yugoslavia



sin más contratiempos que los retóricos, al modo que hicieron los checos y eslovacos. Alemania se adelantó en 1991 a reconocer la secesión unilateral de Eslovenia y Croacia, antes de que las distintas nacionalidades que conformaban el estado federal yugoeslavo se pusieran de acuerdo en disolver la Federación. En aquél momento se dio el definitivo paso para desencadenar la terrible guerra yugoeslava.

Reajustar fronteras, abatir pueblos

Nada grave hubiera ocurrido con la secesión, aún unilateral de Eslovenia ya que era la República Yugoslava más homogénea en todos los sentidos, étnica y culturalmente. Pero no era ese el caso de Croacia, en cuyo territorio vivían decenas de miles de serbios y en algunas zonas, como la Krajina, representaban la gran mayoría de la población. Todavía más grave era la situación de Bosnia, con una población muy mezclada territorialmente y que, más o menos, respondía a dos grandes grupos mayoritarios de similares proporciones (serbios y musulmanes) y la presencia de importantes minorías, como los croatas, que eran mayoría en ciertas comarcas del oeste. Tras las guerras y el acuerdo de Dayton el resultado no puede ser más desalentador:

En el territorio de la ex-Federación Yugoslava se organizarán seis estados, de modo que los serbios quedan separados por las fronteras de al menos 5 nuevos estados; los croatas quedan repartidos en dos Estados (Croacia y Bosnia) y en el nuevo estado “multiétnico” Bosnio se impondrá a croatas, serbios y musulmanes la convivencia forzada en Bosnia, bajo ocupación y protectorado internacional de la ONU o la OTAN.

Kosovo

Curiosamente en los Acuerdos de Dayton no se menciona que pasará con Kosovo, aunque en aquél momento ya se sabía que el levantamiento de los albano-kosovares era inevitable (porque estaba siendo organizado por EE.UU., la Unión Europea y Turquía) y que Milosevic haría de su Campo de Mirlos causa de guerra. Pero esta es ya historia de ahora ... la nuestra, la de los serbios y los kosovares que quieren luchar contra los estados de aquí y de allí que los masacran en favor de la libertad, el hermanamiento y la humanidad común ... pero es también la crónica inventada desde los medios de formación de masas para el Orden mundial.

KOSOVO... SIGUE LA PAZ

*Este es el Editorial del n° 77 de **La Campana**, redactado el 9 de marzo de 1998 con motivo de la entrada del ejército policial serbio en las aldeas y pueblos de Kosovo sospechosos de dar cobijo a guerrilleros independentistas albaneses.*

HACE 600 años, en 1389, el ejército serbio de Lazar sufrió una terrible derrota frente a la caballería turca. Los campesinos huyeron hacia las lejanas colinas de la actual Serbia y un pesado silencio de ceniza y cementerio cubrió momentáneamente las aldeas abandonadas. Pero la tierra era buena y la cosecha posible abundante, por lo que el nuevo amo de la región, ofreció los campos de labor, las casas y el ganado, a los pobres albaneses del sur. Así nació el actual Kosovo, en territorio actual de Serbia, fronterizo con Albania, con dos millones de habitantes, el 90% de la población, de origen y cultura albanesa, pero enclavado en el centro espiritual de la mitología serbia, en los mismos lugares donde todavía se yerguen los monasterios ortodoxos que dan testimonio de la brillantez del reino serbio en la Edad Media.

Pasaron unos cientos de años. Se fueron los turcos. Los albaneses, campesinos aferrados al terruño, hechos a la terca defensa de su pobreza, permanecieron. Algunos serbios y su nuevo ejército (1913 y 1914) llegaron como nuevos amos. La mitología les otorgaba el derecho. Las armas y el dinero de la nueva Serbia, apoyada por los países aliados vencedores de la primera Guerra Mundial, lo conquistaron sobre las espaldas del campesino albanés, repartido como el ganado por los intereses mundiales entre la nueva Yugoslavia (Serbia y Montenegro), Albania, Grecia (el Épiro), y Bulgaria. Y así hasta hoy.

Sin embargo, el albanés kosovar, como casi todos los campesinos del mundo, ha sufrido muchos amos: austríacos, italianos, serbios, turcos, alemanes, griegos, búlgaros ... Todos y cada uno se le impusieron, lo aplastaron cada vez contra la dura tierra, gracias a lo cual se mantuvieron irreductibles, duros, insumisos, albaneses y pobres. Y ahora, de nuevo, los matan.

Pero hace mucho que estaba decretada y cumplida su muerte. Decretada por los intereses de todos. Por la fe, nacionalista y patrioter, de unos y la carter que todos aprietan contra su miedoso corazón. A los albaneses de Kosovo les han prohibido la independencia -la Comunidad Internacional, que se ha negado a reconocerla, explícita y claramente-, no vaya a ser que tales ideas cundan entre sus parientes de Grecia, Bulgaria, Montenegro y el espantajo de la guerra civil y nuevas «limpiezas étnicas» se extienda de nuevo por los Balcanes.

En estos momentos no se dispone más que de una sola versión, la de la policía, respecto de los graves hechos que desencadenaron el actual drama. Al parecer un grupo de refugiados serbios procedentes de la Krajina (expulsados de su tierra por la «limpieza étnica» llevada a cabo por

los croatas tras la guerra de Bosnia), fue atacado por un grupo de albaneses independentistas del recién creado Ejército de Liberación de Kosovo (UCK), que pretendían incendiar el albergue en que vivían los refugiados en la pequeña aldea de Likosane.

Los agentes llamados por las víctimas del asalto, al llegar a la aldea -siempre en versión de la propia policía- fueron recibidos con disparos, iniciándose una refriega que se saldó con cuatro policías muertos y seis miembros del comando atacante. Al poco tiempo llegaron al lugar nuevas fuerzas policiales y del ejército para intentar detener al resto del comando, consiguiendo rodearlo al atardecer. Nada más conocerse la noticia, miles de ciudadanos albaneses de Prístina, capital de Kosovo, y otras ciudades, se lanzaron a la calle para denunciar la brutalidad policial del gobierno serbio y hacer patente su desconfianza sobre la versión oficial de los hechos, al tiempo que recordaban como el actual presidente de Serbia, Slobodan Milosevic, había suspendido en 1990 la autonomía que disfrutaba la región desde los tiempos del régimen comunista de Tito.

Pocos días después, el cinco de marzo, las fuerzas gubernamentales atacaron varias aldeas de la región de Drenica, causando al menos «veinte muertos», inmediatamente calificados por el Ministerio de Interior de «terroristas del UCK». En los días siguientes el ejército incrementó sus ataques en las aldeas de Prekaz y Lausha, causando un elevado número de víctimas, que ahora las propias autoridades serbias afirman más de doscientas, aunque puede ser mucho mayor. Sigue la policía insistiendo en que los «muertos son terroristas del UCK», aunque entre los cadáveres que llegan a las aldeas aparecen niños, mujeres y hombres calcinados.

El folclore de la muerte a cañonazos no ha hecho más que recomenzar, si bien la brutalidad del dominio que soportan desde hace siglos los kosovares irá disminuyendo en espectacularidad sangrante, para, de nuevo, eternizarse, anquilosado y férreo, en la socialización represiva, en la desaparición de los cementerios y los rituales de las matanzas, ya arrojados los muertos a la sórdida normalidad de los estados contemporáneos. Es esta muerte la que esconderán los grandes medios de comunicación, y que la Comunidad Internacional llamará paz. El estruendo de la guerra se apagará, pero no las víctimas ni la muerte que se vestirá, una vez más, del gris del cemento, del espinazo doblado sobre la tierra, del rostro asolado, del triste y monótono ritmo de la opresión, en el que los grajos graznarán en las acacias de Prístina, anunciando que la muerte del campesino sigue.

KOSOVO: FOSA COMÚN DE OCCIDENTE

Ocho meses más tarde, el 5 de octubre de 1998 un nuevo Editorial de La Campana (nº 91) se refería a Kosovo. Terminaba La Campana su alegato contra la crueldad de los hechos con estas, desgraciadamente, proféticas frases: “aunque ahora el guión pelicular en que han convertido este brutal y desquiciado fin de siglo exija el paripé cruel de una nueva e inútil matanza y que el cabo Milosevic deje el paso a otro, con el que dar por zanjado el asunto y echar cal viva sobre la fosa común”. En esas estamos, en esa matanza y con ese fraudulento objetivo.

SOLO falta la orden de atacar -dicen-, pero hace mucho que la han dado y ejecutado. Los voceros del orden ni siquiera saben muy bien para qué, ni en nombre de qué habrán de asesinar ahora a decenas, a miles de personas. Sin embargo, todo está dispuesto para hacer correr de nuevo la sangre, tras haber pactado con el jefe de los que serán masacrados las dimensiones del cementerio y el reparto de botín. Ya Kosovo es una fosa común, en la que Occidente, la «Comunidad Internacional», la vocinglería humanitaria subida a los cazabombarderos F-18, enterrarán a los que marcaron para morir allí: albaneses y serbios.

Una vez que Milosevic cumplió lo ordenado y acabó (a sangre y fuego, tal y como han de hacerse estas cosas cuando se está en el mando) con los falsos intentos independentistas de los albaneses kosovares, el pueblo serbio deberá ser amenazado y en su caso bombardeado, esto es, si los nacionalistas toman por victoria suya lo que no fue más que muerte y aplastamiento decretado de kosovares: serbios y albaneses.

Y en estas estamos. Lo están el campesino kosovar y el pueblo serbio ... sufriendo y esperando los castigos que se les imponen por ser y existir, por estar y no ser más que peldaño bajo de la escalera y sostener con sus trabajos y paciencia el edificio que les aplasta. De esta crueldad de los de arriba, conocen mucho y desde hace largo tiempo las gentes de Kosovo. Tanto como sus hermanos (albaneses, serbios, macedonios, gitanos, montenegrinos ...) a los otros lados de las políticas fronteras. Todos ellos padecieron hasta la saciedad la crueldad de los estandartes patrios, porque todas las banderas, incluida aquella que sus señores y amos *naturales* dicen suya: austríacos, italianos, serbios, turcos, alemanes, griegos, búlgaros ... les pasaron por encima, asesinandoles a veces y robándoles siempre.

Pero ellos aguantaron y aguantan. Aferrados los kosovares a sus tierras, al sudor, a los cuentos y poemas de la tradición oral con que el anciano y el contador permanentemente reconstruyen la trama sutil de un pueblo, la región de Kosovo disfrutaba desde los tiempos del régimen comunista de Tito de una cierta autonomía dentro de la República Serbia. Pero las potencias occidentales (¿democráticas!) decidieron dinamitar la Yugoslavia que había surgido socialista y casi autogestionaria de la resistencia contra la invasión nazi. Para ello, no dudaron en financiar e impulsar los nacionalismos de la zona: los unos

(esloveno y croata) como amigos y los otros (serbio, macedonia, albanés) como enemigos. [NOTA: En medio quedaba la pobre Bosnia y la crucificaron. Sobre ella hicieron una PAZ-sangrante (de Dayton, le llaman) que parió el «Estado multiétnico» de Bosnia, subdividido a su vez en tres repúblicas, croata, serbia y musulmana, y un sólo castigo verdadero: el ejército de ocupación que allí mantiene la «comunidad internacional»].

Del nacionalismo que cayó en el bando bueno, el croata, su mejor rostro lo ilustra la beatificación del cardenal Alojzije Stepenac con el aplauso enfervorizado de la caterva nacionalista gobernante de Croacia. El tal cardenal había sido una malabestia, colaborador del horror nazi y compinche del criminal nacionalista croata Ante Palevic y jefe espiritual de los monjes franciscanos que regentaban el campo de concentración de Jaroslav, en el que 300.000 personas fueron torturadas y asesinadas.

Por su parte, al nacionalismo serbio, aquél que la lógica de la ruptura «controlada» de Yugoslavia aparentó expulsar al otro lado, debilitado por las guerras que le impusieron (Krajina, Eslovenia oriental, Bosnia) pero con la promesa de sus «enemigos» de conservar la integridad territorial de la Serbia geográfica, se dispuso a cumplir la segunda parte del impuesto pacto: detener la ruptura de Yugoslavia en Kosovo, evitando la creación de otro estado albanés en la zona, que haría estallar de modo inmediato a todas las comunidades albanesas que hoy viven bajo diferentes patrias fronterizas: Macedonia, Albania, Grecia, etc.

Mientras duró la guerra de Bosnia, fue suficiente con anular la autonomía que tenían los kosovares desde tiempos de Tito. Pero cuando esta terminó, creyeron algunas gentes de Kosovo llegada la hora de la independencia, tal y como les insinuaban quienes les alentaban en su día a manifestarse contra Milosevic, con el único objetivo de mantener a este débil e inseguro en un punto crucial (según los nacionalistas, Kosovo es la «patria espiritual e histórica del pueblo serbio»). Se alzaron. Mataron a unos cuantos policías serbios y enseguida, Occidente, los dejó en la estacada y condenó a ser masacrados por el ejército de Milosevic, aunque ahora el guión pelicular en que han convertido este brutal y desquiciado fin de siglo exija el paripé cruel de una nueva e inútil matanza y que el cabo Milosevic deje el paso a otro, con el que dar por zanjado el asunto y echar cal viva sobre la fosa común.



¡ Dejad crecer el trigo en las fronteras !

Carlos Oroza

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Segunda Época
Dosier número 15

5 de Abril de
1.999